

¿QUE ES LA CIVILIZACION OCCIDENTAL?

por BERTRAND RUSSELL

Es muy difícil observar la propia civilización en una perspectiva exacta. Para conseguirlo, hay tres medios evidentes: los viajes, la Historia y la Antropología. Tales factores me sugieren lo que voy a decir sobre el asunto. Ninguno de ellos, sin embargo, engendra la tendencia a la objetividad, como puede parecerlo. El viajero no ve sino lo que le interesa. Por ejemplo, Marco Polo no reparó jamás en los pies oprimidos de los chinos. El historiador dispone los acontecimientos conforme a planes que resultan de sus prejuicios: así, la decadencia de Roma ha sido atribuida a causas muy diversas: al imperialismo, al cristianismo, a la malaria, al divorcio, a la inmigración, siendo estas dos últimas, en Norte América, las favoritas de los clérigos y de los políticos. ¿Qué sabemos del salvaje, nosotros los que estamos en nuestra casa? Los rousseauianos lo declararían bueno; los imperialistas, cruel; los antropólogos de alma eclesiástica ven, en él, un hombre honesto, en tanto que los partidarios de una reforma en la legislación del divorcio lo acusan de practicar el amor libre. En suma, el salvaje es un comodín que hace siempre lo que es necesario a las teorías antropológicas. A pesar de los inconvenientes indicados, los viajes, la historia y la antropología constituyen los medios más apropiados para lograr la finalidad que nos hemos propuesto, y es preciso sacar de ellos el mejor partido posible.

Ante todo, ¿qué es la CIVILIZACIÓN? Pienso que su característica fundamental es la **previsión**. Es ella, en efecto, lo que distingue principalmente al hombre de la bestia y al adulto del niño. Pero, la previsión es asunto de grado y podemos diferenciar las naciones y las épocas, más o menos civilizadas, según el grado de previsión que ellas manifiesten. Esto es susceptible de ser medido de una manera casi precisa. Yo no diré que la previsión media de una comunidad es inversamente proporcional al grado de interés (opinión que podría ser defendida); pero, se puede sostener que el grado de previsión implica la medida de cualquier acto por tres factores: el dolor actual, el placer ulterior, y el intervalo de tiempo que haya entre ambos. Es decir, se obtiene la previsión dividiendo el dolor actual por el placer futuro y multiplicando por el intervalo que los separa. Hay diferencia entre la previsión individual y la colectiva. En una comunidad aristocrática o plutocrática, es posible que algunos experimenten las penas del presente y otros disfruten de las satisfacciones de lo porvenir. La previsión colectiva es, sin duda, más eficaz. Toda la obra del industrialismo manifiesta un alto grado de previsión colectiva: los que construyen los ferrocarriles, los puertos, los navíos, realizan trabajos cu-

dos beneficios sólo serán recogidos en años posteriores.

Nada, en el mundo moderno, indica tanta previsión como la que demostraban los antiguos egipcios al embalsamar a sus muertos; lo que ellos hacían era en vista a una resurrección que se produciría diez mil años más tarde. Esto me conduce a la consideración de otro elemento que es básico en la civilización: el **conocimiento**. La previsión fundada en supersticiones no puede ser tomada en cuenta como plenamente civilizada, aunque ella engendra hábitos de espíritu esenciales para el desenvolvimiento de una verdadera civilización. No olvidemos que el **costumbre puritana** de situar los placeres en la vida futura ha facilitado, ciertamente, la acumulación del capital necesario al industrialismo. Podemos, pues, definir la civilización como una manera de vida resultante de la combinación de la previsión con el conocimiento. En la civilización, en este sentido, comienza con la agricultura y la domesticación de rumiantes. Hasta una época relativamente próxima, existía una distinción clara entre pueblos pastores y pueblos agrícolas. Vemos en el Génesis XLVI 31-34 que los israelitas debieron establecerse en el país de Goshan, más bien que en el Egipto propiamente dicho, porque los egipcios ponían obstáculos a la vida pastoral. "Y José dijo a sus hermanos y a la familia de su padre: yo iré, encontraré al Faraón y le diré: mis hermanos y la familia de mi padre, que estaban en el país de Canaán, han venido a mí, y los hombres son pastores porque su oficio es alimentar sus rebaños, y ellos han traído sus bestias y sus rebaños y todo lo que poseen. Y sucederá que el Faraón os llamará y os preguntará cual es vuestro oficio. Entonces le diréis: Desde nuestra infancia hasta este día y, antes de nosotros nuestros padres, los servidores se han ocupado de las bestias, a fin de que pudieran permanecer en el país de Goshan, porque todo pastor es abominado entre los egipcios". A través de los relatos de M. Huc, se descubre una actitud análoga de los chinos con respecto a los mongoles pastores. En suma, el tipo agrícola ha representado siempre la civilización más elevada y tiene, una relación estrecha con la religión. Los rebaños de los patriarcas han tenido una influencia considerable sobre la religión judía y, por consiguiente, sobre el cristianismo. La historia de Caín y Abel es un documento de propaganda destinado a demostrar que los pastores son más virtuosos que los labradores. La civilización ha reposado sobre la agricultura hasta épocas muy recientes.

Hasta aquí no hemos examinado lo que distingue a la civilización oc-

cidental de aquella de otras regiones como la India, la China, el Japón, México, etc. En el hecho, ha habido menos diferencias, entre ellas, antes del desarrollo de las ciencias modernas. La ciencia y el industrialismo son, hoy día, los caracteres distintivos de la civilización occidental. Quiero considerar, primero, lo que era nuestra civilización antes de la revolución industrial. Si volvemos al origen de la civilización occidental vemos que lo que ella debe al Egipto y a Babilonia es, en la mayor parte, característico de todas las civilizaciones, sin serlo particularmente de ninguna. La característica distintiva de Occidente comienza con la Grecia que inventó el hábito del razonamiento deductivo y la ciencia de la Geometría. Los demás méritos de Grecia no fueron originales y se perdieron durante la Edad Media. En Literatura y Arte pudo alcanzar más alto rango. La pero no difiere sustancialmente de las otras naciones antiguas. En la ciencia experimental, produjo hontes, como Arquímedes, que han precedido a multitud de investigadores modernos, pero esto no significa el establecimiento de una escuela con una tradición. Lo que los griegos han realmente, aportado a la civilización ha sido el razonamiento deductivo y la matemática pura.

Por otra parte, los griegos eran incompetentes en política y su contribución a la civilización se habría perdido, probablemente, a no mediar la aptitud de los romanos para el gobierno. Estos últimos descubrieron el modo de gobernar un vasto Imperio mediante una administración civil y un cuerpo de leyes. En los imperios anteriores, todo dependía de la energía de un monarca; pero, en el Imperio Romano el emperador podía ser asesinado por la guardia pretoriana y el Imperio, puesto al margen, sin gran perturbación, a pesar de que ellos no practicaban aún elecciones generales. Los romanos parecen ser los creadores de la virtud de servicio al Estado impersonal, como oposición a la adhesión a la persona del jefe del Estado. Los griegos, es verdad, hablaron de patriotismo, pero sus políticos eran venales: casi todos, en algún momento de su carrera, se vendieron a la Persia. La concepción romana del deber para con el Estado ha sido, en Occidente, un elemento esencial en la producción de un tipo de gobierno estable.

Era preciso un factor más para completar la civilización occidental, como ella existía antes de la época moderna y éste fué la relación entre el Gobierno y la Religión que se estableció gracias al cristianismo. En sus orígenes, este último era apolítico puesto que él se desarrolló en los casos, el progreso no se ha pro-

el Imperio como consuelo de aquellos que habían perdido la libertad nacional y personal; en el judaísmo, había tomado un carácter especial la condenación de los maestros del mundo. Durante los años anteriores a Constantino, el cristianismo no estaba preso en un legalismo todavía más complejo que el que imponía el Estado. Cuando cayó Roma, la Iglesia conservó en una síntesis singular lo que se había manifestado como más vital en las civilizaciones de los judíos, griegos y romanos. El fervor privado alimentó los ideales éticos del cristianismo; el amor de los griegos por el razonamiento deductivo robusteció la teología; el ejemplo del imperialismo y de la jurisdicción romana dió el gobierno centralizado de la iglesia y el cuerpo del Derecho Canónico.

Aunque los elementos señalados, propios de una alta civilización, fueron conservados a través de toda la Edad Media, durante mucho tiempo permanecieron más o menos latentes. La civilización occidental no fué la mejor que existió en aquella época: mahometanos y chinos eran bastante superiores a los occidentales. ¿Por qué estos han seguido un desarrollo ascendente tan rápido? He aquí, según pienso, dentro de la mayor mesura, un misterio. Existe en nuestros días la costumbre de buscar a todo causas económicas; pero las explicaciones así alcanzadas tienden a ser demasiado simples. Causas económicas solamente, no explicarían la decadencia de España, la cual debe ser atribuida, sobre todo, a la intolerancia y a la estupidez. Las causas económicas no explicarían, tampoco, el acontecimiento de la ciencia. Como regla general, podemos decir que las civilizaciones decaen a no ser que entren en contacto con civilizaciones extranjeras más elevadas. No ha habido sino muy escasos períodos en la historia de la Humanidad y muy pocas regiones aisladas donde se haya producido un progreso espontáneo.

Ha debido producirse progreso espontáneo en Egipto y en Babilonia cuando se desarrollaron la escritura y la agricultura; ha habido progreso espontáneo en Grecia durante doscientos años, y, también, en la Europa occidental desde el Renacimiento. No creo, sin embargo, que haya habido en las condiciones sociales de tales períodos y de tales países, algo que los distinga de otros países y de otros períodos en que ningún progreso se ha manifestado. No me es posible escapar a la conclusión de que las grandes épocas de progreso han dependido de un pequeño número de individuos de capacidad trascendental. Diversas condiciones sociales y políticas fueron, sin duda, necesarias a su eficacia, pero ellas solas no bastaban, pues en las mismas circunstancias se han producido sin los individuos y, en tanto que el progreso no se ha pro-

ducido. Si Kepler, Galileo, Newton hubieran muerto en edad temprana, el mundo en que nosotros habitamos no sería muy diferente del mundo del siglo XVI. Esto implica una consecuencia: nosotros no podemos considerar el progreso como asegurado; si las individualidades eminentes llegaran a faltar, caeríamos en una inmovilidad bizantina.

Algo muy importante que debemos a la Edad Media es el gobierno representativo, institución que ha hecho posible, por primera vez, que la dirección de un gran imperio aparezca a los gobernados como manifestación de su propia voluntad. Ahí donde este sistema ha logrado éxito se ha producido un alto grado de estabilidad política. No obstante, en los últimos años, se ha reconocido como un hecho evidente que el gobierno representativo no constituye una panacea que pueda tener aplicación en cualquier punto de la superficie del planeta. En la práctica, sólo ha triunfado entre los que los americanos llaman nórdidos.

La cohesión política, obtenida de una manera u otra, ha llegado a ser la marca distintiva de la civilización occidental en relación con las civilizaciones de otras partes. Esto se ha debido principalmente al patriotismo,

el cual aunque tiene sus raíces en el particularismo judío y en la devoción romana hacia el Estado, constituye un desenvolvimiento moderno que comienza con la resistencia inglesa a la Invencible Armada y encuentra en Shakespeare su primera expresión literaria. La cohesión política basada en el patriotismo, se acrecienta regularmente en Occidente a partir del término de las guerras de religión y continúa acrecentándose día a día. Desde este punto de vista, el Japón ha sido un discípulo de aptitudes extraordinarias. En el antiguo Japón, había barones feudales turbulentos, análogos a los que infestaban la Inglaterra durante la guerra de las Dos Rosas. Gracias a las armas de fuego y a la pólvora de cañón que fueron llevadas al Japón por los navíos que conducían a los misioneros cristianos, el Shogun estableció la paz interior, y, desde 1868, por medio de la educación y del Sintoísmo, el gobierno japonés ha conseguido levantar una nación más homogénea, resuelta y unida que cualquiera nación del Occidente.

La historia de los últimos cuatrocientos años ha sido en Europa una historia de desenvolvimientos y decadencias simultáneos: decadencia de la vieja síntesis representada por

la Iglesia Católica y desenvolvimiento de una síntesis nueva, todavía muy incompleta, basada en el patriotismo y en la ciencia. Pero como la ciencia no nos ofrece ideas morales, no se sabe con precisión cuales vendrán a ocupar el sitio de aquellas que debemos a la tradición. La tradición camoia lentamente y nuestras ideas morales son aún, en lo esencial, apropiadas a un régimen pre-industrial. Nada nos dice, sin embargo, que las cosas continuarán así. Gradualmente, los hombres llegarán a tener pensamientos adecuados a sus hábitos psicológicos e ideas que no sean incompatibles con su técnica industrial. El tono de la nueva civilización es el poderío: poderío sobre la naturaleza inanimada de los individuos. Los griegos habrían rechazado profundamente el pensamiento de que todo es maleable de acuerdo con el sentido de los deseos humanos.

Estamos acostumbrados a este pensamiento en lo que concierne a la materia inanimada, pero no concebimos todavía la posibilidad de modificación de los seres humanos mediante lo que por eufemismo llamamos educación. Temo que nuestra potencia no sobrepase nuestra sabiduría: somos comparables a un niño que conduce un automóvil hacia

un precipicio. Los mantenedores de los ideales del pasado terminan, actualmentemente, los fines a que debe servir nuestra potencia nueva y, el principal de ellos, es la exterminación mutua. Tal vez nos sea permitido esperar que esto cambie en el porvenir. Tarde o temprano, los hombres aprenderán a manejar las fuerzas engendradas por la ciencia moderna, pero este aprendizaje demandará mucho tiempo. Han sido necesarios miles de años de canibalismo y de sacrificios humanos antes de que los hombres aprendiesen a utilizar la agricultura sin adorarla. Podemos esperar que se requiera menos tiempo en el caso del industrialismo, porque se ha acelerado el ritmo del desarrollo de la humanidad. Tendremos que aprender por la experiencia, a utilizar moderadamente nuestra fuerza nueva y a acrecentar una moral menos cruel y supersticiosa que aquella que nos han transmitido edades de terror. Nuestro incentivo no debe ser el terror, que ha llegado a ser irracional, sino la anticipación ideal de una vida más noble que es posible gracias a la inteligencia humana.

(Traducido especialmente
para "Índice" por
E. G. R.)